

cuatrocientos hombres que, con su comandante D. Manuel de los Santos Guzman, arrojó el temporal á las costas de Nueva-Orleans, iba á las órdenes del capitán mas antiguo D. Juan Descallart, custodiando el pequeño convoy con cajas de guerra, parte del almacén, caja de fondos, algunas municiones de guerra, escasas provisiones de boca, y un decente botiquín.

La escuadra, por orden de Barradas, se dió á la vela, con objeto de hacer el crucero sobre el puerto de Tampico y Veracruz.

Puesta en marcha la reducida columna que hacia un total de dos mil seiseientos once hombres, en medio del sol abrasador de los trópicos y sobre un terreno de arena suelta y calcinada por el astro abrasador, en que se enterraban los piés del sufrido soldado, entorpeciendo su marcha, pronto se hizo sentir, como era natural, el cansancio, la sed devoradora y la necesidad de algun alimento.

Es preciso haber viajado por aquellas abrasadas playas donde no se encuentra una choza, ni una fuente, ni un arroyo; donde

cayendo á plomo los rayos del sol, vierten un calor sofocante que convierte en abrasada lava aun la escasa brisa que se recibe del mar, para apreciar cual merecen, las penalidades de aquel pequeño ejército que caminaba bajo un cielo de fuego, respirando una atmósfera sofocante, y sobre un pavimento de llamas, pues no era ya otra cosa el inmenso arenal que atravesaban.

Después de haber caminado de esta suerte hasta las once del día, el jefe mandó hacer alto para que descansara el soldado y tomase algún alimento.

En aquella hora en que el sol se encontraba casi en la plenitud de su fuerza, reflejando en la abrasada arena como en un lago de fuego, los soldados españoles, sin una tienda de campaña, sin encontrar un árbol donde guarecerse, cubiertos de sudor y agobiados bajo el peso de las armas, dispusieron un rancho con arroz, patatas y tocino, que reanimó las agotadas fuerzas del ejército.

Emprendida de nuevo la marcha, pernoctaron, á la caída del sol, en los motíferos

médanos, después de haber hecho en aquel día una jornada de cinco leguas, que es una marcha asombrosa, si se atiende á lo abrasador del clima y al ir marchando sobre un suelto arenal que nadie sino aquellos hombres de hierro, sufridos y animosos podían soportar.

Pero si terribles en alto grado fueron las penalidades del día, no fueron menores las que tuvieron que sufrir durante las largas horas de la noche.

Tendidos aquellos hombres sobre los malos médanos que aun conservaban el calor de los ardientes rayos del sol, abrasados los piés por el fuego de la arena sobre la que habían caminado, se vieron acometidos de repente, por el ponzoñoso *jején* (1) y el enconoso mosquito, que formando una espesa nube, caía á millares sobre los rostros y manos de sus nuevos huéspedes, martirizándolos de una manera espantosa.

—Tengo la cara como si me acabasen de dar las viruelas, querido tío.—Dijo Rafael

(1) Especie de mosquito, cuyo piquete levanta grande ampala, causando una comezon insoportable,

á D. Andrés que estaba á su lado, ocupada su mente con la memoria de sus hijos.— ¡Malditos mosquitos.... y sus agudos piquetes causan una picazon insoportable.

—No te rasques, Rafael:—contestó el anciano—procura aguantar todo lo posible, porque de lo contrario se aumentaria mas y mas el dolor.

—¿Pero quién es capaz de resistir? Mas quisiera habérmelas contra un escuadron de coraceros, que con esos zumbadores avechuchos que le rejonean á uno de lo lindo sin dejarle parte sana.

Y el jóven cadete se rascaba al decir esto, hasta hacerse sangre con las uñas.

—Te he dicho que resistas la picazon.

—Eso es imposible.

—Te daré un remedio.

—¿Cuál?

—Que cojas lodo y te lo apliques á la parte en que te hayan picado, pues el barro fresco es una cosa eficaz para calmar el ardor del piquete y obligar á que desaparezca la roncha que alza el mosquito.

—Pues será preciso que me ponga una máscara y unos guantes de barro.

—Haz lo que te digo, y la comezon desaparecerá.

—¿Pero dónde cojo ese lodo, si aquí no hay mas que arena?

—Siempre mitigará, aunque no tanto como la tierra: coje, pues, un poco de agua, y haz con la arena una especie de lodo que supla al que en otro terreno te pudieras aplicar.

Rafael se levantó, cojió agua, y se puso á hacer lo que D. Andrés le habia aconsejado.

—Le digo á vd. tio, que con semejantes guarda-costas—dijo el jóven cadete mientras humedecia la arena—no necesitan los mexicanos ejército para acabar con los que invadan sus playas. Para estos lanceros alados no hay parapetos que valgan, ni centinelas que eviten su sorpresa.

—No hay duda de que es un enemigo temible y tenaz.

—Vamos:—dijo Ramirez cubriéndose la cara con la masa de arena mojada—ya ten-

go la invulnerable cota: véamos si ahora me dejan dormir los volátiles escuadrones.

Y se tendió sobre la manta que la tenia extendida sobre el suelo: los mosquitos parecieron respetar el extraño remedio dado por D. Andrés, y el jóven que estaba rendido por la fatigosa marcha del dia, por el excesivo calor y por el exigente sueño, propio de la juventud, se quedó á los pocos instantes profundamente dormido.

D. Andrés, que velaba á su lado, ocupado con los tristes recuerdos de sus hijos, de su pasada fortuna, de sus presentes miserias y con su oscuro porvenir, le contemplaba con solícito interes, envidiando la tranquilidad de aquella alma que no habia probado aún los sinsabores de la vida, y que soñaba tal vez con la gloria y la felicidad.

—¡Cuánto se parece á mi amada Pilar...!
—pensó el anciano que miraba en aquel jóven el retrato de su hija:—¡Qué habrá sido de ella, Dios mio!.... ¡La habré perdido para siempre, ó gemirá en la miseria mal-

diciendo la hora en que vino al mundo para padecer como su padre?....

Y D. Andrés se enjugó las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

El dia, por él tan deseado, brilló por fin, y la pequeña columna, despues de tomar algun alimento, volvió á continuar su marcha con direccion á Tampico, dispuesta en el mismo órden del dia anterior.

Como á las nueve de la mañana, se dejó ver un paisano mexicano á caballo, el mismo que habia llevado las proclamas, el cual, acercándose á Barradas le dijo:

—Vayan vdes. con cuidado, porque he oido que se trata de preparar á la tropa una emboscada.

—¿Dónde?

Preguntó Barradas sin mostrar gran interes.

—Ignoro el sitio, pero no debe ser muy lejos de aquí.

—¿Y sabe vd. cuánta gente?

—Lo ignoro.

—Gracias.

—Adios.

—Adios.

El paisano se alejó siguiendo su camino, y la columna continuó su marcha, sin que Barradas aprovechara el importante aviso que le habian dado. ¡Descuido reprehensible en un jefe que no cuenta con ningun ejército de reserva y que camina sobre un país contrario y mortífero!....

A las pocas horas de marcha, el calor empezó á ser insoportable: el sol parecia caer con mas fuerza, caldeando la suelta arena en que hundian sus calcinados piés los sufridos soldados, cuyas manos y rostro llevaban las terribles marcas del agudo aguijon del jején y del mosquito: ni una ráfaga de aire que refrescara el sudor del ejército, ni una fuente ni un arroyo donde aplacara la sed devoradora, ni una benigna arboleda se presentaba á los ojos de los expedicionarios.

Conociendo Barradas los incalculables padecimientos de la columna que mandaba, ordenó hacer alto al medio dia, y que con los instrumentos que cada cual pudiese conseguir, hiciesen hoyos en la arena para pro-

porcionarse agua. Los soldados con una ansiedad indecible emprendieron el trabajo, y al descubrir el precioso líquido, se arrojaron sedientos á él, filtrando para poder beber aquella agua salobre y arenosa, por los pañuelos, por un trapo, y muchos que de esto carecian, por la punta de la camisa que sacaban para conseguirlo.

En tan críticas y angustiosas circunstancias, un recio aguacero, tan comunes en aquella costa en el mes de Julio, vino á reanimar el espíritu de aquellos bravos guerreros. Mil gritos de alegría resonaron por aquel acontecimiento, considerado entonces por el mas grato de la vida.

—¡Agua!.... ¡Agua!....

Exclamaban henchidos de placer inexplicable; y todo el mundo, soldados y oficiales, recogian el agua, abriendo unos sus pañuelos, recibéndola otros en sus chacós, algunos en las fundas que las quitaban de sus morriones, y no pocos sacando la delantera de la camisa.

Hubo momentos de efusion difíciles de
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 22

explicar. El agua era para aquellos sedientos hombres, lo que el puerto para el afligido náufrago que se salva de las olas. Habían creído encontrar el principal elemento de la vida, y sin embargo, aquel celebrado aguacero, no era otra cosa que el germen de las enfermedades, de las dolencias, y tal vez de la muerte.

Nada hay mas mortífero en aquellas abrasadas costas, para quien no ha nacido en ellas, que mojarse despues de caminar bajo la influencia del ardiente sol de su brillante cielo. Cada gota caida sobre el cuerpo agitado por el calor, debe considerarse como otros tantos agentes de la muerte; y tan seguro es su daño, que aun los hijos de aquellas playas, procuran no mojarse, pues ni ellos mismos se libran, de lo contrario, de molestas calenturas difíciles de curarse.

En las guerras civiles de aquel país, se ha dado el caso de tener que levantar el sitio puesto á Veracruz, por haberse enfermado ochocientos hombres de los sitiadores, al dia siguiente de un fuerte aguacero sufrido á la intemperie.

Aquellos lectores que solo buscan en la lectura un rato de entretenimiento, disimularán la minuciosidad con que relato estos hechos, á la vez que los interesados en conocer los menores detalles de aquella expedicion, celebrarán la exactitud con que los voy narrando, sin poner ni quitar una escena, ni un solo paso que sea contrario á la verdad.

Entre los preciosos documentos que á fuerza de tiempo y de trabajo logré adquirir sobre esta expedicion, ocultá hasta ahora en la oscuridad y en el misterio, se encuentra el diario que con toda minuciosidad llevaba un oficial de aquel pequeño ejército: diario manuscrito que, por una casualidad llegó á mis manos, trazado, como se revela á primera vista en sus breves páginas, con el único objeto de recordar en el seno de su familia, todos los pormenores de aquella penosa campaña.

Despues del pequeño respiro concedido á la tropa, y aplacada del todo la sed del soldado con el agua traída por la tempestad, se continuó la marcha hasta la caída

del sol, haciendo igual número de leguas que el día anterior.

Pasada la noche entre un enjambre de incómodos mosquitos, el ejército emprendió su penúltima jornada hacia Tampico. El espíritu del soldado empezó á reanimarse, descubriendo á un lado, á medida que se levantaba hacia la anhelada ciudad, alguna vegetacion que indicaba iba á tener fin el inmenso arenal que atravesaban.

Alegres caminaban con la consoladora perspectiva que á sus ojos se presentaba, cuando de improviso, despues de haber pasado el primer batallon, se escuchó la terrible detonacion de varias piezas de artillería que retumbaron en un sitio de espesa enramada que, á corta distancia de la playa se descubria.

A esta inesperada detonacion que derramó una lluvia de metralla sobre las primeras filas del segundo batallon, siguió una descarga de fusilería que tendió en el suelo once soldados.

Esta sorpresa introdujo, por de pronto, algun desorden en la division; pero la sere-

nidad y sangre fria del comandante D. Juan Falomir, hizo recobrar al soldado su aplomo y valor.

Sin pérdida de tiempo dispuso que el teniente D. Antonio Sanjurjo y el alférez D. Eduardo Agusty, penetrasen á reconocer el sitio de la emboscada, con media compañía de soldados, entre los cuales iban Rafael Ramirez y D. Andrés.

La órden fué puesta en ejecucion al momento: aquel corto número de hombres, sin saber la fuerza contra la cual iban á combatir, penetraron por distintas direcciones, con el arma á discrecion, hasta llegar al sitio crítico, y á las voces de ¡viva el rey, viva España! penetraron en una especie de reducto circular, formado de ramaje, sorprendiendo á su vez á los que dentro estaban, y matando en el acto á uno de sus soldados que, con el botafuego en la mano se disponia á disparar un cañon.

El jefe que los mandaba, lejos de acobardarse al verse sorprendido, animó á los mexicanos que no pasaban de cincuenta hombres, y amartillando una pistola, la disparó

sobre el cadete Ramírez, que fué el primero en arrojarle sobre una pieza. Pero afortunadamente el tiro no salió, y el jóven se lanzó sobre su intrépido contrario que le esperó con espada en mano. Ramírez, para no llevar ventaja, sacó la suya, y entonces se travó una lucha terrible, aunque instantánea, cuerpo á cuerpo y á la arma blanca, entre los que defendian los cañones y los que trataban de apoderarse de ellos.

No se puede concebir cómo tan corto número de mexicanos se atreviesen á preparar una emboscada á toda una expedición, si no es conviniendo en que se habian propuesto perecer por el solo gusto de matar algunos enemigos. ¡Rasgo de temeridad y patriotismo que aplaudieron los mismos expedicionarios!

Don Andrés que, como mas anciano, no habia podido seguir de cerca á su sobrino, penetró en el reducto, cuando acosando á su contrario, apenas le daba tiempo á éste para separar los multiplicados y terribles golpes que sin cesar le asestaba. El oficial que defendia el reducto, hombre de formi-

dable musculatura, poco acostumbrado, sin duda, á ver superiores en el alma que esgrimia, bufaba de ira al verse tan mal parado por aquel jóven suelto y arrogante, cuya espada era un molinete, que tan pronto amenazaba la garganta como el corazon. Pero temiendo que acudieran mas en auxilio de los españoles, y viendo á la mayor parte de los suyos muertos unos, prisioneros otros y el resto en retirada, empezó á perder terreno, pero siempre defendiéndose con valor, hasta que, tropezando en un tronco que no habia visto, cayó al suelo de espaldas.

—¡No le mates!.... ¡qué es Rossi!....!

Gritó D. Andrés, al mismo tiempo que el sardo levantándose con la velocidad del pensamiento, emprendió la fuga, perdiéndose á la vista de todos entre la maleza, sin que nadie pudiese seguirle.

Dueños del campo los soldados que habian penetrado en el reducto, se apoderaron de cuatro cañones de á doce y de algunas armas. En seguida, la columna, despues de haber hecho el fisico D. Pedró Santell, la primer cura á los once heridos de la prime-

ra descarga, se continuó la marcha sin contratiempo ninguno, aunque pasando la noche con mas vigilancia y doblando los centinelas.

A las cinco de la tarde del siguiente dia, penetraron las avanzadas de los españoles en Tampico el Alto, abandonado por sus habitantes tan pronto como supieron que se acercaban los expedicionarios.

Poco despues entró el resto de la columna, quemada por el sol, sedienta, con los piés llagados por el ardiente fuego de la arena sobre la que habian caminado cuatro dias, haciendo en ellos veintiuna leguas; enfermos muchísimos soldados de calenturas, originadas por el fuerte aguacero sufrido, y desfigurados los rostros y las manos por las infinitas ronchas causadas por el jén y el mosquito.

El comandante de la escuadra Laborde que, como los soldados, conoció lo poco que esperarse debia de una expedicion sin ningunas prevenciones emprendida, confirió con Barradas para que reembarcara su tropa y volviera á la Habana; pero Bar-

radas, en vez de atender á las sanas observaciones de Laborde, le despidió con su escuadra, diciéndole que ya no le era necesaria para nada. El general español pasó de Tampico el Alto, á Tampico de Tamaulipas, donde trató de formar inmediatamente un nuevo ayuntamiento, para lo cual, viendo que ningun mexicano habia quedado en la ciudad, ofreció la vara de alcalde á algunos extranjeros, únicos que no se alejaron de la poblacion.

Siendo considerable el número de soldados atacados de malignas calenturas, y procurando colocarlos en un sitio ventilado, se escogió para hospital el convento de San Francisco, en el cual murieron cinco de los once expedicionarios heridos en la emboscada.

A la alarmante noticia de que los españoles habian desembarcado, todo el país se puso en movimiento, y se reunieron al instante las milicias mas cercanas al punto del desembarque. Apresuráronse tambien á enviar sus tropas nacionales al lugar del peligro, los Estados de Nuevo-Leon, Zacate-

cas, Veracruz, México, Tamaulipas y San Luis Potosí. De suerte que los que habían soñado en la adhesión de los hijos del país hacia la causa española, se encontraron de repente, cercados de enemigos, faltos de recursos, enfermos, y sin punto de retirada, pues Barradas, ya que no pudo como Hernán Cortés, barrenar los buques, los despidió para imitarle en algo.

Tan pronto como Santa-Anna, cuya actividad y arrojo le harán siempre uno de los primeros generales mexicanos, supo la ocupación de Tampico por las tropas españolas, desplegando su natural energía, é impulsado de un laudable amor patrio, hizo préstamos forzosos, reunió dos mil hombres, echó mano de todos los buques mercantes y de guerra que en Veracruz había, y embarcando en ellos su tropa, marchó á situarse cerca del enemigo.

Si Barradas por un acto de imprudencia y vanidad, no hubiera despedido la escuadra española, claro es que Laborde hubiera impedido este paso atrevido de Santa-Anna; pero Barradas en nada pensó sino en la

fama que iba á alcanzar, é ignorando todo lo que le era indispensable saber, colocó á sus valientes soldados, dignos por cierto de ser mandados por jefe mas entendido, en los cuarteles, y esperó tranquilo y confiado, que el país se pronunciara por Fernando VII.

Entretanto, la nacion mexicana se puso toda en movimiento, y de todas partes corrian los jóvenes al sitio del peligro. El general mexicano D. Manuel Mier y Terán, tambien obraba con actividad y con prudencia al frente del enemigo, fortificando todos los puntos cercanos á Tampico, como Altamira, la hacienda del Cojo, Paso de Doña Cecilia, y algunas otras que juzgó de importancia, como en efecto lo eran.

—¿Qué te parece del aspecto que presenta el país, sobrino mio?

Preguntó D. Andrés al cadete Ramirez, mirando desde una alta azotea el campo enemigo.

—Que no tendrémolas manos ociosas, ni se occidarán las espadas en la vaina.

—Pero es una severa lección para nuestro general y Fr. Diego Bringas, que esperaban un gran resultado de sus proclamas.

—Mejor, así tendremos mas obra, y en consecuencia, mas motivos para ascender. La paz se ha hecho para los ministros del Señor, la guerra para los hijos de Marte. Suene, pues, el parche que alegra al soldado como el tamboril á los que van á la romería, y conquistemos una charretera á bayonetazos, ó dejemos la piel en estas costas para que la acaben de convertir en cedazo los mosquitos.

—Recomendable es el valor; pero te aconsejo que no rayes en temerario como antes de ayer al penetrar en el reducto.

—¡Ah!.... si hubiera sabido que quien combatía conmigo era Rossi, la ira hubiera redoblado mi esfuerzo para atravesarle el corazón.

—Al contrario; yo celebro que no haya sucumbido, pues sospecho que él es quien dispuso el rapto de mi hija, y su muerte me hubiera quitado los medios de saber de ella; por eso te grité que no le mataras: mi

afán era hacerle prisionero para exigirle que me dijese dónde se encontraba mi pobre Pilar.

—Todavía nos colocará la suerte uno frente al otro, y entonces veremos si á ese infame italiano le obligo con la punta de mi espada, á confesar el sitio en que tiene oculta á mi querida prima.

—Si la casualidad te coloca en las batallas cara á cara con él, combate como corresponde á un valiente, pero no seas tú quien busque jamás esa lucha personal.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre funesto, parece que ha nacido para ser el exterminador de toda mi familia, y temo que me arrebaté también al hijo de mi adorada hermana.

—Antes creo que Dios me ha elegido para ser el vengador de vd. y de mis primos. El toque de la corneta puso fin al diálogo, y tío y sobrino se dirijieron á saber lo que se disponía.